

Inauguramos hoy una obra que es fundamental para la infraestructura de la carrera de Química y Farmacia. Esta casa une a la sencillez, una concepción funcional y eficiente y una feliz realización plástica. Sin embargo, como todo edificio, como toda obra material, ella se inserta en un proyecto que la trasciende. Participamos en una inauguración, que es como una ventana abierta hacia el futuro. Pero al mismo tiempo, asistimos a la culminación de un proceso ya tan largo que él tuvo su inicio mucho antes de que hubiéramos nacido ninguno de los presentes. A ese proceso quisiera referirme brevemente, desde tres ángulos distintos que son: su perspectiva histórica, la concepción que en él se ha generado de la enseñanza profesional en esta universidad, y los rasgos modernos de la institución universitaria.

Recordemos pues ante todo que detrás de esto, hay una larga progresión histórica. La llamada Facultad de Medicina y Farmacia aparece mencionada en los documentos iniciales de la Universidad, en las primeras sesiones de la Comisión que estudió su organización y puesta en marcha. Sin embargo, habían de pasar muchos años antes de que se pudiera siquiera pensar en realizar parte de esta idea, cuyo costo y complejidad la hacían parecer inabordable. El primer paso importante en este camino fué la creación de la Facultad de Medicina, la cual sin embargo absorbió por mucho tiempo toda la energía de la Universidad dentro del campo de las Ciencias de la Salud.

El desarrollo de Medicina tuvo la virtud de impulsar el de las Ciencias Básicas, con lo cual se abrió un camino para la creación de la Facultad de Ciencias Biológicas, y para que se desarrollaran otras profesiones que necesitan de ellas.

En forma paralela, primero en la Facultad de Tecnología, y luego en el Instituto de Química y en la Facultad del mismo nombre, tomaban cuerpo la docencia y la investigación en estas otras ramas de las ciencias naturales. Así fué como tras una larga evolución de muchos años de paciente trabajo, ya sólidamente instaladas la investigación en diversas ramas de la Química, en la Farmacología y en la Biología, estuvieron sentadas las bases para que la Universidad Católica pudiera emprender esta nueva y apasionante incursión en el desarrollo profesional del país, creando la carrera de Química y Farmacia.

No podía ser menor el empeño, ya que la carrera de Química y Farmacia tiene en el país un prestigio muy sólido. El ha sido ganado por el desempeño de las otras universidades nacionales que la han impartido, y ha sido rubricado por la calidad académica de los alumnos que se interesan en ella. Teníamos la obligación de organizar una carrera que no desmereciera en ese concierto, y que por el contrario estuviera situada en la línea de superación y empeño incesante de perfeccionamiento que nuestra propia Universidad se ha impuesto.

2

Porque, y este es el segundo aspecto que quisiera destacar, esta nueva creación lleva el sello que nuestra universidad ha querido imprimirle a todo su trabajo de formación profesional. Algunos de estos rasgos son los siguientes.

Queremos mantener ligadas la docencia y la investigación. No queremos que estas actividades se separen. Sabemos que ellas se vivifican recíprocamente, que la investigación enriquece a la docencia, y que el contacto con la juventud es una fuente inspiradora de ideas y proyectos de trabajo científico. Creo que hay que insistir en esto, hoy mucho más que antes. La gran especialización y complicación tecnológica suele llevar a investigadores universitarios, a mirar con desgano la docencia, actividad necesariamente más general y de la que llegan a creer que les sustrae energías que les son necesarias en el difícil y competitivo esfuerzo de la investigación especializada. En una Universidad, esa es una aproximación profundamente errada. No queremos tener institutos de investigación desligados de la labor formativa. Queremos investigadores que estén apasionadamente interesados en la formación de las generaciones jóvenes, en promover el impacto cultural de la ciencia en nuestro medio.

Queremos además mantener estrechamente unidas a las profesiones con la ciencia. Una profesión universitaria tiene ese rango, precisamente porque ella descansa sobre una base científica, porque ella es como una suerte de ejercicio o aplicación práctica de la ciencia. La aplicación tecnológica o profesional es una fuente inagotable de problemas, preguntas, vías de aproximación a los problemas científicos básicos. Y a la inversa, el desarrollo científico es el fundamento de la eficacia profesional.

Queremos ciertamente que en la Universidad se desarrolle la ciencia por sí misma, porque ella es una de las creaciones más hermosas y más positivas del espíritu humano, y aun yo diría, (movido tal vez por mis propias opciones personales), yo concordaría plenamente con quienes piensan que la ciencia básica tiene una primordial importancia.

Pero queremos también que el desarrollo de esa investigación científica, juegue el rol esencial que le corresponde, de dilatar el horizonte cultural, y para eso tiene ella que trasvasarse a la enseñanza.

Y finalmente queremos que investigación científica y enseñanza se hallen en interacción dinámica con el ejercicio profesional y el desarrollo tecnológico.

Esta concepción de la enseñanza profesional se manifiesta en grandes políticas que se han desarrollado durante muchos años y que buscan hacer realidad esos ideales.

Así por ejemplo, esta Universidad sabe muy bien que ella está construída, no tanto con piedras y ladrillos sino con vidas humanas. "Construida con hombres" se decía ya en la Edad Media, al hablar de la institución universitaria.

La selección y el perfeccionamiento de los docentes, son la base de la institución, y hoy nos alegramos al ver que tantos docentes que tendrán a su cargo responsabilidades en esta carrera, han realizado estudios exigentes de perfeccionamiento, y se han formado en la rigurosa escuela de la investigación científica.

La selección de los estudiantes es una tarea inexcusable. Necesitamos estudiantes que estén dispuestos al esfuerzo y al sacrificio que significan su formación intelectual. Queremos poner a su disposición, no sólo lo necesario a su formación profesional, sino mucho más, en bibliotecas, actividades extracurriculares, deportivas etc.

Y queremos, muy principalmente que ellos encuentren en la Universidad caminos para acercarse al último sentido de nuestra vida, y que ellos sientan el ansia de buscar ese sentido. Estamos convencidos de que la carencia de sentido es la más grave enfermedad espiritual de nuestro tiempo, y que no hay ninguna suma de conocimientos, ni disposición afectiva que puedan calmar esa hambre de sentido que Dios puso en nuestras almas y que solo El puede saciar.

Nos sentimos también obligados a entregarles a nuestros estudiantes lo mejor que podamos, y a venir en su ayuda en la medida de nuestras posibilidades. Nos preocupa ciertamente el hecho de que los costos de la enseñanza universitaria se hayan hecho tan altos, y hacemos el máximo esfuerzo para ayudar a nuestros alumnos a solventarlos. En la Facultad de Química en este año, el 37% de los ingresos de matrícula se financia con crédito y becas, lo que significa que en promedio, los aranceles reales equivalen al 63% de los nominales.

A veces no se repara en que el mas largo y afinado esfuerzo para crear una facultad universitaria está precisamente en la formación y selección de su personal y su alumnado. Es eso lo que requiere el mayor criterio y lo que demanda la mas constante atención. Y además, no hay duda de que es lo más costoso del empeño.

Sin embargo, a ello se debe agregar esta otra dimensión del equipamiento y la infraestructura física. Sin ellos, cualquier esfuerzo resulta insuficiente, inadecuado. Y en este momento amable y solemne, asistimos a la culminación de un largo camino que ha pasado por la formación y perfeccionamiento de docentes, por el desarrollo de la investigación y los servicios, por el equipamiento de laboratorios de investigación y de enseñanza, hasta llegar a este punto en que la Facultad de Química inaugura un edificio para albergar su nueva carrera de Química y Farmacia.

La aventura intelectual, la aventura de la educación, la ciencia y la cultura, tiene hoy día esa dimensión de realizaciones materiales de alto costo que a veces puede distorsionarla, pero que le es estrictamente indispensable si queremos darle su pleno desarrollo. Ella supone planificación, esfuerzo consistente y prolongado, evaluación económica, obtención de recursos. Todo eso se resume en esta tarde, en que gracias al esfuerzo de su Decano, de sus profesores, gracias a la generosidad de los benefactores de esta casa, podemos asistir a esta ceremonia largamente esperada.

El último aspecto, es la manera en que se relaciona esta visión de la enseñanza profesional integral con la vocación profunda de una Universidad Católica. Estos rasgos de la obra universitaria de los que he hablado, son propios de este siglo, y son expresión de la profunda vinculación entre ciencia, cultura y desarrollo. Es este el último punto que quería tratar en esta intervención, porque me parece que no se puede insistir bastante sobre él. La ciencia, con todas sus aplicaciones profesionales y tecnológicas, aparece hoy como un elemento esencial de la cultura humana. Y sabemos que el hombre crece y vive gracias a la cultura, que esa es su manera específica de ser, que él no se mueve en un mundo dado por la naturaleza y la necesidad, sino en un mundo que él mismo va cultivando, va configurando. Por lo mismo, no sólo no podemos ser ajenos a los elementos determinantes de la cultura humana, sino que tenemos que tratar de penetrarlos profundamente, de comprenderlos, de incorporarlos.

La cultura de hoy tiene como un ingrediente central, este de la ciencia. Y no ciertamente cualquier forma de ciencia, porque es un error pensar que el sentido de la ciencia se mantiene inmutable a través de los cambios culturales. La ciencia ha llevado con su propio progreso al hombre, a sentirse y saberse responsable del mundo en el que habita. Y eso le exige indagar profundamente en las mismas razones de su trabajo científico, para que él sea como una expresión de la gloria del creador, como una prolongación de la obra del creador, manejada y ejercida según la intención de Dios sobre el mundo, normada según las directrices del amor de Dios. En una palabra para que en el trabajo científico, sus razones profundas, sus criterios de juicio, sus normas de acción sean iluminados por la luz del Evangelio como lo pedía Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*.

Yo sé que estas palabras pueden parecer alejadas del quehacer cotidiano del investigador o del docente en materias científico-tecnológicas. Sin embargo, por lo mismo, creo que deben ser recordadas cada vez que podamos para que no se pierdan de nuestra perspectiva. Si no permitimos que se borre de nuestro trabajo científico esa noción de que por medio de él podemos realizar el designio del amor de Dios para el bien de los hombres, sabremos que él tiene un sentido de plenitud que nos trasciende porque por medio de él estaremos construyendo el "tabernaculum Dei cum hominibus", la habitación de Dios con los hombres.

9.- La Universidad Católica y el sentido. Vocación y deber.

